

BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL

6

ELDA (Alicante)

dahellos



ELDA

1950

Alberto n. - 50



ELDA * D I C I E M B R E * 1950

TRIPTICO ZAPATERO

DEL EDUARDO GRAS

— I —

NOS hemos trasladado con la imaginación a un humilde pueblecito, casi un villorrio. Para llegar a él no hay ferrocarril, ni carretera, ni camino que tal pueda llamarse. Está allá en el corazón de la meseta, perdido en las inmensidades pardas y grises de la llanura desnuda.

En este pueblo no hay — porque no puede haberlos — establecimientos especializados. Allí no puede hablarse de sastrería, de abacería ni de tienda de tejidos, porque todo está fundido en un establecimiento único y universal, en el que pueden encontrarse las mercancías más dispares y los contrastes más inesperados.

Ha entrado en esa tienda, colmado, almacén — como llamársele quiera — una aldeana. Pañuelo a la cabeza y gruesas medias que asoman por debajo de la falda abigarrada.

Se acerca al mostrador y pide

algo ¿Qué desea? Acerquémonos también nosotros y, con la proverbial indiscreción de los narradores, miremos por encima de su hombro.

El dueño — y único dependiente — ha cogido de una estantería unas cajas de cartón blanco; las ha abierto y ha expuesto a la mirada — ¿un poco desconfiada? — de la mujer varios pares de flamantes zapatos.

Dejémosle discutir sobre la calidad y precio y examinemos uno de los zapatos. Podemos predecir — sin temor a equivocarnos en la mayoría de los casos — que encontraremos grabado, bien en la suela, bien en una artística etiqueta en el interior, un nombre, una marca y cuatro letras, que son todo un símbolo: ELDA.

Y así en los más apartados lugares de nuestra España. Allí donde haya una población que calzar, allí, en una tienda más o menos lujosa, en las tablas de una estantería carcomida y polvorienta o en los anaqueles de moderna instalación, encontraremos las consabidas cajitas de cartón, en cuyo interior los zapatos eldenses aguardan al anónimo comprador.

Y esta presencia material y universal de Elda nos infunde un legítimo orgullo: siquiera en un sector de las actividades humanas, el

nombre de nuestra ciudad es por doquier conocido y admirado.

Pues si Madrid es la capital administrativa de España; y Toledo su centro histórico; y Sevilla ostenta la capitalidad turística, a Elda, y sólo a Elda, corresponde, por derecho propio, exclusivo y merecido, ufanarse de ser la capital zapatera de nuestra patria.

— I I —

¿Han pensado Vdes. alguna vez en una curiosa consecuencia de la industriosisidad eldense? ¿Se han parado a considerar que la población de Elda, dedicada en su mayor parte a la confección de los zapatos, es la que menos frecuente y conoce las zapaterías? ¿Que para las familias eldenses el problema del calzado —importante preocupación en los presupuestos domésticos— o no existe, o si existe es muy pequeño?

Pues en efecto, eso ocurre; y no es raro, si se hace una encuesta, comprobar que un elevado porcentaje de eldenses no ha pasado en su vida las puertas de una tienda de calzado y que sólo las conoce de por fuera, como cosa ajena a su existencia.

Pero la ley de las compensaciones no podía fallar en este caso. Si los eldenses —en general— conocen tan deficientemente los comercios de calzado, los viajantes de sus industrias los conocen muy a fondo; ¡hay! tal vez más a fondo —en ocasiones— de lo que ellos desearían.

Y váyase lo uno por lo otro.

— I I I —

He aquí ahora un radiante escarapate. Estamos en una céntrica calle de capital. Tubos de neón, terciopelos, brillantes niquelados; todo para servir de fondo a unos cuantos pares de zapatos. Junto a cada uno de ellos un tarjetón que señala su precio.

El transeúnte, curioso o necesitado, se detiene frente a aquel escaparito profusamente iluminado. Se detiene y mira. ¿Qué ve? Ante todo, trata de localizar su gusto. Ya está. Se fija especialmente en uno o dos modelos Y ve su diseño; considera su posible fortaleza; trata de adivinar la calidad de su piel, el grueso y resistencia de su suela. Y —¿cómo no?— su precio, detalle interesantísimo.

Y... ¿nada más? Pero, ¿es que hay algo más? El no distingue otra cosa allí, en aquellos zapatos lujosamente expuestos.

Sin embargo, sí que hay más, y ¡cuánto!

Tras de aquel par mudo, que espera pasivo la hora de su estreno, hay todo ésto: las inquietudes de la incertidumbre; los tropiezos del industrial que empieza; los espasmos del que «se acaba»; las agonías de las sábados perentorios, sin posible dilación; las horas pasadas de claro en claro junto a la máquina o frente a la mesilla de trabajo; los dolores del parto de nuevos modelos; el tinglado aritmétrico de los cálculos de coste; el espectro de los pagos que vencen; la inexorabilidad de los directores de Banco; el fantasma de los dejes de cuenta; la falta de las materias primas; el inevitable y consecuente «estraperlo»; y mil minucias más que son otras tantas cruces en el inacabable calvario de esta industria.

Todo eso nos contaría aquel par de zapatos si pudiera articular sonidos. Pero está callado e insensible, y para los ojos del hipotético comprador sólo es eso; un modelo, una piel, un precio... ¿Se decidirá a comprarlo?

¡Y luego dicen que el calzado es caro!

HORTUS APERTUS

A M. A.



La selva tropical de tu poesía
se abrió de pronto ante los ojos míos;
y un arpa sensorial de escalofríos
la médula pulsó del alma mía.

Sagrados ruisenores en la umbría
cantaban el amor. Los claros ríos
azul del cielo gorgoteaban píos.
El cristal de la bruma se dormía...

De pronto emergen las enhiestas cumbres
—silencios glaucos de la edad dormida—
que rumbo al cielo permanente van.

Y, en sus faldas, equinas muchedumbres
escancian las delicias de la Vida,
mientras entona un himno el viejo Pan.

A UN POETA

Tu huerto cuidarás. Es ley. Procura
que no te quede ni un rincón baldío;
extirpa del renuevo el atavío
inútil, que florece con premura.

De las plagas del tiempo libra y cura
tus canteros en flor. Evita el frío.
Así tendrás su plenitud de estío
con pomas de oro y ruisenior de altura.

Abónalo consciente. Y cuando, fulvia,
en bendición, veas caer la lluvia
sobre su espalda, cual sidéreo tul,
cobíjate en su fronda transparente...

Y te encuentre la noche, dulcemente,
durmiendo confundido en el azul.





ENCUESTA DE dahellas

PRO-BIBLIOTECA
PUBLICA MUNICIPAL

Es un deseo, largos años acariciado por nuestro pueblo, el de tener, al igual que otras poblaciones de menor vitalidad, una Biblioteca Pública donde encontrar material de estudio y consulta los estudiosos, deleite los aficionados a la lectura y un grato y culto ambiente todos. DAHELLOS no quiere permanecer ajeno a este unánime deseo popular; por el contrario, se complace en servir de portavoz, en condensar la opinión de los eldenses en la de tres personas que, tanto por sus méritos personales, como por la posición que ocupan, representan dignamente la de todos.

Medita nuestro Excelentísimo Ayuntamiento el bien que haría a nuestro pueblo y a su mismo prestigio si a las imperecederas ejecutorias de nobleza que son el engrandecimiento del Hospital, la erección del Mercado de Abastos, la Lonja y el Ayuntamiento y la ampliación del jardín de Castelar uniese, como florón preciado de una corona de gloria, la creación de la Biblioteca Pública Municipal, para la cual contaría con la valiosa protección estatal traducida en cuantiosas aportaciones de libros y revistas.

Nuestro deseo más hondo es que nuestra humilde voz, ahora engrandecida por ser reflejo fiel de la del pueblo, sea escuchada en el amplio foro de nuestro Ayuntamiento y un día veamos surgir, situada en la Plaza de Sagasta, en el jardín de Castelar o en algún otro lugar céntrico, la Biblioteca Pública Municipal de Elda.

* * *

He aquí las preguntas que hemos dirigido a D. Joaquín Campos Fernández, Director del Grupo Escolar, y sus respuestas:

¿Qué opina Vd. sobre la creación de una Biblioteca?

• Que toda ciudad que se precie de culta debe poseerla. Si Elda además de culta se enorgullece, y con razón, de ser una de las ciudades más industriales

de la Patria, la Biblioteca Pública, fuente de ideas, de estímulos, de sueños levantados y nobles, de pasatiempo reparador y ameno, es una necesidad para este pueblo febrilmente trabajador, quizá un poco demasiado apegado a la tierra que pisamos, a lo tangible, por eso de que los zapatos y sus derivados son la obsesión de la mayoría de sus habitantes.

La Biblioteca pública debidamente seleccionada con un criterio moral exacto y con miras educativa, cultural, recreativa, profesional y literaria, podría ser el lugar ideal de cita donde los estudiosos o amantes de la literatura hallarían el medio de satisfacer las apetencias de su espíritu.

Opino, pues, que la Biblioteca pública es una necesidad sentida para la que nadie regatearía su aplauso y su concurso y para cuya realización sin tregua ofrezco mi modesto esfuerzo.»

¿Cómo cree Vd. que podría llegarse a su realización?

«Para que las cosas humanas lleguen a ser, precisan ante todo, que exista un propósito de hacerlas realidad. En este caso de la Biblioteca, ese propósito ya vive desde el momento que bulle esta idea plausible en el intelecto, y presumo que también en el corazón, de los promotores de esta encuesta. Creo sinceramente que si en un principio se concreta a las posibilidades disponibles, la Biblioteca pública puede ser una realidad inmediata.»

¿Qué dificultades cree Vd. encontraría esta idea?

«Dado el fin elevado que debe perseguir la Biblioteca pública, creo que nadie ha de entorpecer el nacimiento de obra tan recomendable y necesaria. Estimo que las dificultades que ha de encontrar han de ser las propias de toda obra que empieza con altos vuelos pero nunca hay que olvidar que vale más el ímpetu que los millones.»

¿Habrá lectores que garantizaran su éxito?

«Si el criterio de selección de las obras es acertado y las horas de lectura adecuadas —y mejor si se permite, con las debidas garantías, la modalidad circulante— sí. Todos llevamos dentro un poco de Quijote y otro poco de Sanchos y para liberarnos del Sancho que nos esclaviza, que nos atá a nuestra profesión sin dejarnos respiro, nada mejor que un buen libro. Si sus páginas son interesantes nuestra atención se concentra en los sucesos que narra y descansa de la tensión a que la tenemos sometida todo el día; si lo que de amable tiene la vida se refleja en lo que leemos y el autor ironiza suavemente sobre hechos y cosas, la sonrisa, flor de las almas tranquilas, fluye espontánea y si la belleza de ideas y estilística nos embarga, sentimos que el Quijote que hay en

nosotros revive haciéndonos mejores. Si, habrá lectores, y muchos, si el que quiere perfeccionarse en su profesión o carrera tiene libros de consulta y estudio; si el que busca solaz y pasatiempo lo encuentra sencillo y depurado; si el que le guste la novela o el teatro encuentra, dentro de las posibilidades, satisfacción a sus deseos. Enhorabuena, cordial y sincera a los promotores de tan noble empresa.

* * *

Doña Dolores Maestre, Directora de la Escuela Graduada de Niñas y D. Juan Terrades, ex-Director de las Escuelas Nacionales Graduadas han contestado brevemente, sujetándose a nuestros deseos, a estas preguntas:

1.^a—¿Cree Vd. qué es hora de que nuestro Ayuntamiento adorne nuestra ciudad con una biblioteca que nos prestigie al exterior y ayude en lo interior a elevar la categoría intelectual de Elda?

2.^a—¿Cree Vd. fructifera la posible realización de esta idea?

3.^a—¿Quiénes cree Vd. son los más interesados y por lo tanto los más llamados a dar los primeros pasos para conseguir esta Biblioteca?

He aquí la respuesta de D.^a Dolores Maestre:

1.^a—Desde luego, creo que este es el momento oportuno de hacerlo, ya que antes no se prestó atención a ello.

2.^a—Ya lo creo, y de hacerse no tardaríamos en ver sus saludables efectos en la juventud trabajadora eldense.

3.^a—Todas las personas amantes de Elda y de la cultura de sus habitantes y especialmente las autoridades de la enseñanza. En este sentido, ofrezco mi desinteresada colaboración a la encuesta pro-Biblioteca Municipal.

El señor Terrades ha contestado:

1.^a—En estos tiempos su creación es de todo punto indispensable.

2.^a—Me parece admirable y sus resultados positivos.

3.^a—A mi modesto entender, creo que los más interesados han de ser los amantes de la cultura y del prestigio de Elda, sobre todo, los intelectuales, médicos, abogados, maestros, etc.

* * *

Damos las gracias a esta señora y señores por su colaboración estusiasta a esta empresa pro-Biblioteca que sostiene DAHELLOS y esperamos de los señores mencionados por el Sr. Terrades, que alienten igualmente nuestra campaña para que el esfuerzo común logre que esta nebulosa que es hoy nuestra Biblioteca deje de serlo para convertirse en fructifera y radiante realidad.



COSAS DEL DUENDE DEL MONASTIL

CIENCIA MODERNA

LA PLAZA DE CASTELAR

La plaza de Castelar
tiene los bancos de mármol
algunos dicen: ¡qué duros!,
y a mí me parecen blandos.

Orgullo en flor de mi pueblo,
sonora en verde ulular,
es en las tardes de fiesta
la Plaza de Castelar.

Para las damas hay flores;
vermut para los bigardos;
para Romeo y Julieta
tiene los bancos de mármol.

Allí se espera al amigo
que nos saque de un apuro;
por eso, al sentarse en ellos,
algunos dicen: ¡qué duros!

Pero mi chiquilla y yo
allí estamos, mano a mano,
sentados ¡hasta las tantas!
¡y a mí me parecen blandos!

La Plaza de Castelar
tiene los bancos de mármol
algunos dicen: ¡qué duros!
y a mí me parecen blandos.

Como te lo cuento,
amigo Torcuato,
los chicos en Elda
saben más que el diablo.

Ayer diez o doce
estaban hablando.
Decía uno: «Zarra,
ése se ha hecho el amo».

Y en citas prolijas
todos se enredaron:
Basora, Panizo,
Puchades y Nando,
que si la «uvené»,
si azules o blancos...

Yo de tantas citas
estaba asombrado,
y entablé con ellos
este corto diálogo:

—¿Sabrías decirme
—si lo sabéis, ¡claro!—
quién era Cervantes?

—¿Cervantes...? ¡No caigo!
¿Es un delantero?

¿Es uno que antaño
jugó con Zamora...?

—No, hombre, no —le atajo—;
Cervantes fué uno
que estuvo en Lepanto...

—¡ha! ¿cuando la liga
del año pasado...?

—No, hombre. ¿Vosotros
nunca en vuestras manos
tuvisteis un libro...

Don Quijote? ¡Vamos!

—¡Ah! ¡ya...! ¡Don Quijote!
¡Un tío que fué el árbitro
del final de copa
del año... del año...!

Les volví la espalda
y alargué mi paso.
¡Dios mío, qué listos
son nuestros muchachos!

Como Elda no hay en España...

CON este título, durante las fiestas del pasado Septiembre y en uno de nuestros más concurridos centros de recreo, se estrenó un bonito pasodoble, que deleitó al auditorio y que luego ha sido relegado al olvido por diversas circunstancias entre las cuales consideramos primordial la oposición del autor de la letra, oposición motivada solamente por las intolerables tergiversaciones y mutilaciones con que salieron las estrofas en las hojas que fueron repartidas al público.

Hoy nos complacemos en dar a nuestros lectores la auténtica letra del pasodoble «Como Elda no hay en España...», que, por lo que significa de amor a nuestro pueblo, quisiéramos ver cariñosamente popularizado:

Como Elda no hay en España
pueblo tan lleno de vida;
Elda se ofrece y convida,
como espuma de champaña.
Elda es alegre colmena
donde el trabajo afanoso
hace el soñar más hermoso
y hace la vida más buena.

Elda es esa aparadora,
que veis como gran señora,
y ese altivo zapatero,
rumboso y emprendedor,
que forja el brujo esplendor
de este pueblo bullanguero,
dando alas a su dinero
con su aire de gran señor.

Como Elda no hay en España...

Cuando en fiestas y placeres
os conmueve y os encanta
la gracia de las mujeres,
es Elda con sus talleres
la que el hechizo agiganta;
pues llevan en sus tacones
el ritmo de las canciones
de una juventud que canta:

Como Elda no hay en España...

BIBLIOFILO



DICIEMBRE

*Yo te llevaré a la feria
la noche que quieras ir,
para feriarle, mi vida,
lo que me pidas, allí.*

*Entre risas y entre chanzas
todo lo habremos de ver.*

De todo preguntaremos:

—¿Cuánto vale? ¿Cuánto es?

Y después de verlo todo

—(nada cuesta ver y ver)—

tu elegirás la pulsera...

¿o será el collar tal vez?

Te lo pondrás, ruborosa

—¡qué bien te sienta el rubor!—

*En la feria, aunque haya gente,
sólo estaremos tú y yo.*

*Y al volver, en la penumbra
de la calle de Colón,
te he de pedir... que me feries
sólo un poco de tu amor.*

*Si, en la rica biblioteca
que con paciencia juntaste
hay libros buenos, muy buenos,
y en ellos tu sed saciaste.*

*Pero no te has acordado
(¿o no has querido acordarte?)
de un libro que, allí olvidado
y lleno de polvo yace.*

*No lo has abierto siquiera:
lo comprobé la otra tarde.
Sus hojas no están cortadas:
¡ni aún a cortarlas llegaste!*

*Y, sin embargo, ese libro
¡debe ser tan importante!*

*¿Que a qué libro me refiero?
¿Todavía no lo sabes?*

*Es el libro de la Vida
que hasta ahora no hojeaste.*

*Dale prisa, dale prisa,
que el tiempo pasa constante,
y es una carcoma el tiempo
que libros viejos deshace.*

*¡No vaciles, abre el Libro,
que si ahora no lo haces,
tal vez más tarde, al abrirlo
sea tarde ya, muy tarde!*



Un DON JUAN TENORIO *estrafalario*

POF ALBERTO NAVARRO

VAMOS a hablar del conocido «DON JUAN TENORIO». Pero no del engendro de Zorrilla, ni del de Zamora, Moliere o Tirso. Vamos a hablar del Tenorio eldense, el de los «Dos tubos un Real».

Olvidémonos de toda alusión escatológica, releguemos al olvido la tan socorrida intervención de Eolo y todos sus vientos más o menos perfumados y no nos fijemos más que en lo que tiene de tradición eldense y costumbre navideña.

Seguramente este año también se sorprenderá nuestro pueblo ante la avalancha grotesca de Don Juanes de estaca al cinto, Ineses grandotas de poblada barba, Comendadores montados en piafante pollino y demás abortos de la farándula tenopiesca. Lo que no sabe el pueblo es que estos festejos son una tradición hondamente española, de cuya desaparición paulatina se lamentaba el gran Benavente en las planas de ABC no hace mucho. En Elda, y gracias a un puñado de hombres de buen humor, decididos a hacer reír al público sea como sea, no falta nunca la inocentada teatral, por suerte para el Hospital, otras entidades benéficas y particulares necesitados que ven llegar una ayuda más, inapreciable por el rasgo de todos y cada uno de los participantes y espectadores. Casi cien mil pesetas se llevan entregadas para obras benéficas, todas producidas por este Tenorio de juguera. Así es como se hace caridad.

Entre el copioso anecdotario de esta «opera o mansana» destacaré lo insólito de un caso, creo que único en los anales del Teatro universal. El hecho es que en una representación se alzó el telón sin estar escrita la obra a representar y por tanto sin reparto de papeles ni ensayo previo. Su conocido autor — que no es menester nombrar — las iba escribiendo en un camerino y a toda marcha se entregaban al apuntador que de esta forma podía decir a los actores lo que tenían que hablar. Claro que esto pudo ser por la índole especial de la obra, ya que si decían una u otra cosa lo mismo daba, con tal que fuera graciosa.

Sería de desear que estas representaciones fueran más cuidadas y con una gracia más pura y limpia, para que pudiera ser citado nuestro Tenorio como una de las más destacadas variaciones de la obra de Zorrilla. Las antecitadas alusiones escatológicas debieran suprimirse totalmente, por el bien de la misma obra y por el respeto al público que representaría este gesto. Han demostrado sus autores suficiente chispa y gracia para acometer tal tarea de echar zotal en el libreto. ¿Lo veremos así alguna vez?

La decoración también estimo debiera ponerse de acuerdo con el carácter festivo y grotesco de la obra. Sin llegar a las desorbitadas extravagancias daliánicas sí pueden hacerse decorados graciosos, que den ambiente a la interpretación. Deseemos pues, que esta tradición eldense, hondamente arraigada y que sólo beneficios produce a quienes más lo necesitan, sea revestida de todo cuanto pueda conducir a darle más gracia y perdurabilidad.

DON JUAN SEMPERE Y GUARINOS



CALLE abajo, por la popularísima de Pablo Guarinos, volvemos nuestra vista a la derecha y se nos presenta, como grato remanso de tranquilas aguas evocadoras, un rótulo sencillo, lacónico, piedra miliaria en la ancha ruta de nuestra devoción por las cosas eldenses. Dice así: Calle de Don Juan Sempere.

¿Quién fué este Don Juan Sempere?

Alguno quizá recuerde haber visto su desvaído retrato en los salones de nuestras antiguas Casas Consistoriales en arbitraria y bárbara camaradería con El Seráfico, Don Juan Rico y Castelar. Pocos podrían decirnos algo más.

Y, sin embargo, bajo esta sencilla lápida que rotula una minúscula calle eldense yace, como bajo ciclópea losa mancillada por el polvo de imperdonables olvidos, la memoria de quien fué acaso el más ilustre de los eldenses de todos los tiempos, exceptuando a alguno de nuestros condes, ya que su mérito no fué sólo relativo, en el ambiente local, sino que fué apreciado hasta más allá de las fronteras, logrando que en Francia, en Inglaterra y en Italia se citara con elogio a un hijo de Elda.

En Elda había nacido Don Juan Sempere, en 1754, y en Elda murió el 18 de Octubre de 1830.

Malos tiempos aquellos. Cargadas de toxinas, se abrían en los centros intelectuales las maléficas orquideas de la Enciclopedia; la risa cínica de Voltaire cascabeleaba en las aulas y en las academias, mientras España se debatía en un decadentismo vergonzoso. Una noche, el 31 de Marzo de 1777, cuando Sempere acaba de doctorarse en Sagrada Teología, turbas incendiarias asultan las casas de los jesuitas y la Compañía sale de España, expulsada por el piadosísimo Carlos III.

En este ambiente, y en un período que va de 1780 a 1805, Sempere cubre las etapas que le llevan a ser admirado y estimado por los hombres más conspicuos de su tiempo. Jovellanos, Floridablanca, Campomanes, Godoy, cuantos eran algo en el mundo de las letras, de la filosofía, de la economía y de la política, tuvieron a honra la amistad de nuestro ilustre paisano Sempere, cuyo prestigio quedó incommovible al dar al público una serie de obras magistrales, audaces, aquilinas, repletas de fecundas ideas, que fueron las verdaderas palancas con que empezó a estructurarse una sociedad nueva.

Bien nutrido su intelecto en los seminarios de Orihuela, Murcia y Granada, trueca la sotana por la toga, y empieza al mismo tiempo, en 1781 su carrera de abogado del Estado y sus trabajos de publicista, ganando la medalla de oro (¿en qué manos eldense estará hoy esa preciada reliquia?) de la Sociedad Económica de Amigos del País con su «Disertación sobre la limosna», obra que, además, mereció ser impresa por el Estado y traducida a otros idiomas.

Ya apunta, desde el principio, la tendencia que había de llevar en sus largos años de publicista. Hombre a la moderna, abierto a todos los vanguardismos, impone a su pluma la doble tarea de regenerar a España en lo cultural y en lo económico. Para lo primero publica su «Biblioteca española de los mejores escritores en el reinado de Carlos III», obra extensa, considerada por la crítica como el mejor monumento de Historia Literaria del siglo XVIII, con la que rechazó briosamente las injurias de la flamante Enciclopedia de París. Pero su gran palenque fué el campo de las ciencias económicas. Uno tras otro, van saliendo de su pluma luminosos escritos, cuyas ideas innovadoras van traduciendo a realidades prácticas los gobernantes españoles desde Godoy hasta... hasta muy cerca de nuestros días.

Bien pudo escribir Sempere el «sic vos, non vobis» virgiliano; porque a él se debieron en los siglos XVIII y XIX muchas reformas económicas, las de mayor envergadura, de cuyo honor disfrutaban otros que no hicieron más que poner en ejecución las ideas renovadoras del gran publicista eldense.

Así da a la estampa la «Historia del lujo en España», que, según propia confesión, le valió la fiscalía de la Cancillería de Granada; y poco después su audacísimo «Proyecto sobre la venta y administración de bienes de patronato», con el que puso en marcha la obra desamortizadora que llevó a las arcas del Estado empobrecido la friolera de 2, 000 millones de reales. ¡Dos mil millones en aquellos tiempos! Y en el mismo año, otro «Proyecto de abolición del censo de población, encargándosele la ejecución a él mismo y llevándola a feliz término a despecho de muchos enconados y bastardos intereses. Y después, su documentada «Historia de los vínculos y mayorazgos», que acabó con estos privilegios y cuyos resultados en beneficio de la economía nacional son sobradamente conocidos; y luego, los primeros tomos de «Biblioteca económico-política», obra importantísima en aquel tiempo, que fué consultada por economistas, juristas y políticos nacionales y extranjeros.

Así transcurren los veinticinco mejores años de su vida, de 1781 a 1806.

Pero entonces llegó para Sempere, como para casi todos los españoles, un período borrascoso, durante el cual hubo de sufrir encarcelamientos, exilios, confiscación de bienes y acaso también remordimientos interiores. A merced de los acontecimientos toda España se bamboleaba en aquella contorsionada época. Son los años de 1808 a 1826. Don Juan Sempere ya no arranca a su pluma geniales proyectos ni luminosas disquisiciones económico-políticas. Es tiempo de acción y no de discursos. Así lo comprende él, y deja en descanso su fecunda pluma; en descanso relativo, puesto que, a pesar de todo, todavía da a la imprenta su «Historia de las Cortes de España», publicada primero en francés y luego en español, y una magnífica «Historia del Derecho Español».

Son las suyas en total una buena docena de obras importantes, que deberán ocupar un sitio de honor en la Biblioteca Municipal Eldense, si un día tiene ésta la urgente realización que reclama el desarrollo espléndido de nuestra urbe.

El año 1826 termina Sempere su segundo destierro, y vuelve a España, a Elda, a la paz acogedora de su aldea, donde todavía vivió otros cuatro años, soportando el invierno de su vejez solitaria.

Tal fué el insigne eldense Don Juan Sempere y Guarinos, Magistrado del Supremo, de la Real Academia de la Historia, de la Academia Florentina, etc., cuyo retrato, a nuestro modesto criterio, debería seguir ornando el salón de sesiones de nuestro Ayuntamiento. «Los pueblos que no honran a sus antepasados —a dicho Macaulay— son incapaces de realizar obras que merezcan el respeto de los venideros».

J. MADRONA

MENDIGO

La vida que tú haces
no es vida;
marcha sin albores
de dicha,
del que, agonizando,
no expira;
agua que no canta
ni brinca;
fuente que sin cauce
dormita;
corriente en la mar
vencida.
¡Cúyos tus caminos
de espinas,
do todo es agobio
lo que en tí domina!

MANUEL VICEDO

PENSABA

Anoche pensaba...
Y en la lejanía sonó una campana
que trajo unos ecos... resecos
recuerdos de amor.
Hundí la cabeza en la blanca almohada
ansioso de olvido, lleno de temor,
volver a soñar, ¿para qué?
¡Amor es dolor!

TEDORO



Del paisaje eldense

PANORÁMICA

por EDUARDO GRAS

VARIEDAD; riqueza en contrastes afortunados... Tales son las características de escenario en que nos cupo la suerte de ir desliando el enredado ovillo de nuestras vidas. Hace tiempo que tenía el proyecto de escribir algo sobre el paisaje eldense: con interés fui recogiendo, de aquí y de allá, pensamientos sueltos que más adelante me sirvieran de materiales para mi trabajo; muchos de ellos no son míos: unos, porque fueron emitidos por diversas personas; otros porque los inspiró únicamente la contemplación ávida de nuestros rincones y aldeaños. Os voy a hablar, pues, de algo que todos estamos viendo hace muchos años —tal vez, todos los de nuestra vida— sin verlo en realidad. Y es que parece como si la contemplación habitual de un objeto embotara la sensibilidad respecto a él y nos impidiera ya en adelante apreciarlo en su valor y en su belleza. Alrededores de Elda...

Al Norte, inhóspitas, quedan las tierras pardas, secas, desnudas, que culminan en el Monastil, La Torreta, Santa Bárbara... ¡Tristeza petrificada!

El río —alguna vez lo fué; debemos respetar las glorias pasadas— el río, digo, enseña su cauce descarnado —más bien desaguado— cubierto de mondas piedras, huesos roídos, dispersos, de un inmenso esqueleto.

Avergonzado, el pobre río quisiera estrechar sus hoy inútiles riberas, estrecharlas, estrecharlas, hasta casi unir sus bordes, dejando paso al hilillo de agua que —no siempre— corre por su fondo. ¡Nuestro viejo y mísero río! ¿Dónde quedó su pujanza, aquel arramblar con el antiguo puente de madera, que un año sí y otro también era demolido por la furia de las aguas de la avenida? Hoy, en silencio, cohibido, pasa humilde bajo las horcas caudinas de los ojos del nuevo puente de piedra, que apenas si tiene para él una mirada despreciativa desde la altura.

Tras las colinas del Monastil queda el sombrío cuadro del Pantano. Piedras ennegrecidas por el musgo, que casi nunca se ven besadas por el sol; decoración apropiada para situar en ella cualquier acción luctuosa; el pantano —río inmóvil, cadáver de río— contribuye con sus aguas sucias, sospechosas, a aumentar la impresión deprimente de este rincón de nuestro paisaje.

Parece que cada piedra, que cada eco misterioso, están pidiendo allí el cadáver de un asesinado, el espasmo de agonía de un suicida o —más modestamente— el clamor desesperado de algún poeta medio loco que allí hubiera ido a parar, huyendo de las gentes.

Y por si no bastara, allí abre sus fauces la topera ennegrecida del tunel, herida perennemente abierta en las entrañas del monte...

Más hacia el Este, completando la parte sombría de nuestra revista, el Cementerio, cada vez mayor, ensanchando continuamente su recinto para servir de último aposento a los eldenses.

¿Es triste el paisaje Norte por la presencia del Campo Santo, o por el contrario, se edificó éste allí por la severidad de aquel? No lo sé, pero lo que

sí es cierto es que, de una u otra forma, Campo Santo y paisaje se complementan tan perfectamente, encajan tan bien el uno en el otro que no concebiríamos imaginarlos separados. ¿Os imagináis tal vez un Cementerio situado en la parte riente de nuestra campiña, allá abajo, en las soleadas huertas del Carril?

* * *

Ya vamos a buscar horizontes más risueños; borremos de nuestros semblantes ese rictus de angustia creado por los anteriores cuadros y preparémonos a ensanchar el espíritu...

El paseo por la carretera, hacia el Sur, es todo apacibilidad, gozoso deleite, agradable espectáculo: después de una buena comida, en las hermosas tardes primaverales, o en las soleadas de otoño, este paseo ayuda a una buena digestión; no hay mejor bicarbonato en todas las farmacias del pueblo. Hace años —creo recordar bien— era hábito general concurrir al paseo de la carretera; hoy, casi se ha perdido la costumbre; en cambio, aumentaron las úlceras duodenales...

Pero si queréis aspirar en toda su pureza la atmósfera de nuestros campos, no sigáis la carretera; aquí y allá, con demasiada frecuencia y proximidad, se alzan casas de recreo, prolongaciones de la ciudad, focos de contagio de urbanismo, que restan rusticidad y pureza al paisaje.

Dejad la carretera; echad hacia abajo por los caminos y senderos del Carril, hacia el río.

Apenas os hayáis internado en ellos, ya empezareis a notar el contraste; el silencio de los campos, la sensación de aislamiento, de independencia y libertad, van creciendo cada vez más; y si tenéis espíritu soñador y amigo de castillos en el aire, podréis poblar con vuestros ensueños y fantasmagorías el azul purísimo del cielo, cruzado levemente por desprendida nubecilla...

* * *

Es vario y es hermoso nuestro paisaje.

Es bello en los amaneceres gloriosos, cuando por detrás de las moles del Cid, y los Chaparrales, va surgiendo la lumbrarada rojoamarillenta del nuevo sol, y el valle todo tiene un momento de suspenso silencio, presagio de ajeteo y vitalidad de un día nuevo.

Y es bello también en los crepúsculos tristonos de las tardes de invierno, cuando el Poniente se enrojece con nubes sangrientas y Bolón se corona también de púrpura sombría...

Y en los días nublados de otoño, en los que el cielo parece oprimir el valle con una lámina de plomo, mientras que el horizonte está recortado y el Cid y las montañas colindantes se esconden tras un velo de niebla o de lluvia.

Pero, ¿sabéis cuándo me ha parecido más hermoso, más sentido, más mío, el paisaje de nuestro pueblo? Si tú, lector, has estado varios años lejos de él, debes comprenderme enseguida: el panorama eldense es más grandioso, cuando después de una larga ausencia, llenos de nostalgia, volvemos a él de nuevo; cuando, después de haber coronado la agria subida de El Reventón, o después de atravesar ante estrépito de hierros y silbidos el Túnel, aparece de pronto ante nuestros ojos, completo, enorme, en toda su magnificencia y grandiosidad, el cuadro multicolor del valle, entre su cinturón de montañas que nos acogen —como ha escrito admirablemente una pluma paisana— con su amoroso abrazo de piedra, y el Cid —geometría hecha piedra— nos saluda afable desde lo alto de sus riscos escarpados...

ELDA Y AZORIN

G L O S A



SI Monóvar es la cuna de «Azorín», también pueden ser considerados como sus pueblos nativos Elda y Petrel. Imágenes y sensaciones de estos pueblos, en años de infancia, adolescencia y juventud del eximio escritor levantino, permanecen indelebles en el curso de toda su vida, fecunda y valiosa para las letras españolas. Lo prueba la reite-

ración placentera con que son traídas a sus libros y artículos periodísticos. Léanse, entre otros, «Antonio Azorín», «El libro de Levante» y, de los últimos, «El enfermo» y sus «Memorias inmemoriales». De los muchos artículos en que describe el valle de Elda, citemos el más reciente, publicado en 1949 en «A B C», titulado «La Peña del Cid». Diríamos que Monóvar, Elda y Petrel forman triángulo afectivo en la tierra nativa del maestro de la prosa contemporánea.

En las páginas de «Antonio Azorín», tenemos la imagen del Elda de hace medio siglo. Las callejitas estrechas, pinas y escalonadas, cabe el ruinoso palacio de los Coloma; la antigua estación ferroviaria, diminuta, casi garita de guardabarrera; el puente de frágiles maderos sobre el Vinalupó, y sus huertas, «frescas y amenas» en aquel entonces. Todo pequeño, sencillo, íntimo, en la vieja estampa azorinesca.

De aquella villa, con sus cuatro o seis fábricas de calzado, sus obreros algo encorvados, un poco pálidos, que en el asueto dominical sonaban sus bien ganadas monedas de plata en los mármoles de cafés y tabernas, que cantaban la eterna romanza de «Marina», viene la moderna ciudad de hoy, populosa, emi-

nentemente industrial, con edificaciones numerosas, digna del precioso título de la INDUSTRIOSA, dado por «Azorín» en 1929 al publicar «El libro de Levante». Bien puede blasonar Elda de su título, por cuanto significa y por el rango intelectual de quien lo otorga.

Y de la pluma de «Azorín», siempre generosa con sus pueblos nativos, son también las líneas que pasamos a transcribir, hermosa síntesis de la historia de Elda, que tuvo el orgullo de publicar antaño el semanario IDELLA:

«Hacia tiempo que no veía la viñeta de IDELLA: el horado negro del túnel; los paredones del castillo; la torre y la palmera. Siempre que se posan mis ojos en ese dibujo, hago a Elda un viaje imaginario; rememoro los viajes de niño, cuando iba de Monóvar a Petrel. Elda, con su ambiente especial, ambiente de inquietud y de política; un matiz pronunciado de gran ciudad; costumbres de gran ciudad, que me atraían siendo adolescente. Se entraba en las frescas huertas, se atravesaba el Vinalapó, y, luego por el pueblo, las callejitas silenciosas y blancas. Durante un instante, había respirado una atmósfera espiritual que no era la de siempre. Más tarde, en el recuerdo, Ríco y Amat, Sempere y Guarinos, Castelar; el ambiente de inquietud y de política se justificaba. Sobre el caserío con su castillo, la preocupación constante de otra cosa distinta de la vida agrícola: la iniciativa industrial, con todos sus azares, con todas sus innovaciones, que se consolidaba como una consecuencia de la inquietud intelectual antigua.

Ahora, en este momento, veo el valle todo; la Peña del Cid y el conjunto de los blancos muros dominados por la erguida palmera. Una palmera que existirá o habrá dejado de existir; pero que es idealmente el símbolo, sobre el poblado, meciéndose al viento, de las agitaciones de la industria y del intelecto.

A Z O R I N

18 enero 1930

Y, al título preciado de «la Industriosa», quede unido el símbolo de la vida eldense: la palmera, árbol mecido por todos los vientos, creciendo con verdes palmas, que son triunfos y esperanzas, sin quebrarse, erguido, como Elda, «la Industriosa», en su inquietud incesante de progreso espiritual, intelectual y económico.

JOSE CAPILLA

CA

LA CABALGATA DE LAS WALKIRIAS

por ALBERTO NAVARRO



MIENTRAS saludaba al selecto público que le aplaudía, el famoso director de orquesta Heinzmann estaba íntimamente preocupado.

Su rostro, impasible, no traslucía su verdadero estado interior, que se debatía en encontra-

dos temores y deseos. Todavía bullía en su cerebro el título de la composición que por un impulso irresistible, en contra de su misma voluntad, había incluido en el programa de aquella noche. ¡La Cabalgata de las Walkirias!

El germen de sus incesantes preocupaciones se encerraba en aquellas matitas negras sobre el papel pautado con que el genio de Bayreuth había interpretado la fantástica cabalgata de las mujeres guerreras, guardianas del Walhalla, llevando sobre el arzón de sus cabalgaduras a los guerreros muertos en el combate.

Después de haberse decidido a no interpretarla más ante un público, no sabía qué impulso le había hecho insistir en su inclusión. Se encogió de hombros observando el aspecto deslumbrante que ofrecía la sala de conciertos. Todo el gran mundo había acudido a escuchar sus ejecuciones, dedicadas esta noche a la obra wagneriana; y plateas, palcos y butacas brillaban de pecheras umbrinadas, de refulgentes destellos de pedrería sobre la tersa piel de las damas bajo las mil lucecitas de las arañas cenitales y de brillantes colores de sedas y rasos en los atavíos femeninos.

Sobre la amplia sala extendió sus alas el Ángel del silencio. El director Heinzmann había alzado los brazos, solemnemente, y un suave sostenido vibró sobre la sala. La nota, prolongada, iba subiendo lenta y majestuosamente, enriqueciéndose de casi imperceptibles modulaciones, llenándose de color en la armoniosa conjugación de instrumentos, y siempre elevándose hasta estallar en un solemne acorde de toda la orquesta, desde el cual volvía a recorrer la gama anterior en sentido inverso, descendiendo con igual solemnidad y riqueza de motivos casi intuitivos por el emocionado oyente. La nota sostenida se perdió finalmente en un hilillo de armonía que se transformó en un suavísimo e imper-

ceptible eco. La ovación que premió la inteligente dirección y la perfecta ejecución del Preludio de Lohengrin fué atronadora e insistente.

Heinzmann, pálido, el cabello revuelto y la frente sudorosa, saludó con una leve inclinación de cabeza y se dispuso a ejecutar la siguiente obra. Un estremecimiento sacudió su cerebro al tropezar con las letras que formaban el título de «La cabalgata de las Walkyrias».

En el fondo de la sala, acurrucada en un rincón le pareció ver la sombra alucinante de la Locura, que le acechaba. Y mientras las trompas atacaban el enérgico «leit motiv» que se repite a lo largo de la partitura, una sonrisa floreció en los labios pálidos del Director.

El coliseo se había transformado totalmente a sus ojos. Un paisaje agreste, erizado de agudos peñascos, corpulentos y añosos robles y cedros, había sustituido a las plateas y palcos repletos. Grandes masas de nubes se amontonaban en un cielo plomizo y un fuerte viento agitaba las copas de los árboles, sirviendo de fondo al incesante resonar de trompas y trombones que seguían llenando el espacio con sus graves notas de aguerrido ritmo. Y surgiendo de las proteicas nubes unos puntos negros se acercaban en rauda desplazamiento por las capas plomizas.

Heinzmann veía claramente llegar a las Walkyrias, en desenfrenado galope, con los broncos caballos dando saltos inverosímiles de peñasco a peñasco, volando ingravidas por entre los vientos enfurecidos. Cruzado sobre su montura, cada una llevaba el cadáver de un guerrero germánico muerto en el combate. Eran los ungidos por el óleo de una muerte gloriosa, que iban al Walhalla, el Olimpo nórdico, a gozar de la dicha ultraterrena que su heroica vida y valerosa muerte les había conseguido. Las bellas guerreras, con sus pelos de escamas, sus cascotes alados y la pesada lanza hendiendo los aires, la airosa capa tumulluosamente agitada por los vendavales y los sudorosos corceles apoyando las pezuñas en las nubes vaporosas, pasaban en alucinante cortejo ante los ojos de Heinzmann, que, entregado a la comunión perfecta de música e imagen, había olvidado sus temores y prevenciones a su enemiga, la Locura, que lanzaba el escalofrío de su carcajada en los rincones de su estudio, entre las notas de las partituras, pero sobre todo en «La Cabalgata de las Walkyrias».

Con un fuerte sonido terminó la composición. La fantástica cabalgata ya se había perdido entre las nubes, camino del Walhalla, y nuevamente el teatro brillaba de rutilantes luces y atronaban sus paredes los aplausos del público maravillado.

* * *

Pasada esta inconsciente entrega a su enemiga tenaz, Heinzmann se prohibió terminantemente la ejecución de «La Cabalgata». Para evitar una flaqueza de ánimo estableció en todos sus contratos la obligación de no interpretarla, rodeándose de un círculo de prevenciones que le dió una aureola de misterio que avaloró aún más su fama. No contento con esto, hizo retirar de su estudio todas las partituras de esta composición. Así se creyó protegido contra las asechanzas de la Loca, su enamorada, que le perseguía ferozmente, abriéndole ventanas de alucinación donde no había más que sonidos y armonías.

Y cuando nuevamente se vió en un escenario ante un público que se rendía emocionado a su maestría y premiaba con clamorosos aplausos sus actuaciones, Heinzmann se sintió fortalecido en su lucha interna. Sin poder evitar una sonrisa de satisfacción, escuchó las últimas afinaciones de los músicos, y cuando comprendió que todo estaba a punto, alzó la batuta y se dispuso a unir un

triunfo más a la larga serie de ellos. La «Heróica», oración fúnebre a un héroe todavía vivo, iba a ser nuevamente saboreada por aquellos seres refinados, tan diferentes al hosco Beethoven que ahora los elevaría a cimas armoniosas de grandeza sin límites. Pero a los primeros compases de la Sinfonía, el Director advirtió que entre la conocidísima línea orquestal de la obra se intercalaban unos roncocos sonidos de trompas guerreras que, viniendo de la niebla que empezaba a inundar el teatro y a convertirse en pesados nubarrones, iban acallando los compases de la «Heróica», hasta triunfar de ella, anulándola.

Era su obsesión: la «Cabalgata de las Walkyrias».

Mecánicamente dirigió a la orquesta hacia esta composición. Ya sonaba en «fortissimo» llenando todo el ámbito del teatro. ¿Del teatro? No, no había teatro allí. Un salraje terreno cortado por anchos favallones, que a tramos se elevaban en inaccesibles picos, había suplantado al lujoso salón. Como las veces anteriores, un viento huracanado agilaba las ramas oscuras de los altos árboles que animaban el áspero paisaje. Y nuevamente surgieron las hermosas amazonas del Walhalla, en su fantástica cabalgata a través de los cielos, dando sus gritos de guerra y agitando sus lanzas, mientras sus capas y cabelleras se entrelazaban al ser agitadas en remolino por los vientos furiosos.

Heinzmann, ya entregado plenamente, sin reservas, a su fantástica visión, dirigía con brío y energía inusitadas, y la orquesta correspondía tan acertadamente que le parecía que la música surgía de las mismas nubes, de las mismas rocas, de aquella escena fantasmagórica de mitos germánicos, como si toda aquella naturaleza saludara a las galopantes Walkyrias en su marcha guerrera...

* * *

Mirándolo asombrados, los músicos tenían sus instrumentos sobre las rodillas, con el truncado compás de la «Heróica» vibrando en los aires, «al advertir la diferencia de las indicaciones del director con la partitura». El público, igualmente sorprendido, contemplaba cómo el genial director Heinzmann se debatía sobre el escenario, gesticulando nerviosamente y dirigiendo una orquesta fantasma que sólo sus oídos enloquecidos parecían escuchar.

Su enemiga, la Locura, había triunfado al fin.

Romancillo infantil

por MARUJA ICARDO

Bajo un perfume de lirios
adormida me quedé;
un ángel cerró mis ojos
y con ángeles soñé.

Al cielo me transportaban
en un alado corcel.
Espuelas de plata y oro,
de oro y plata las calcé.

Y así subiendo, subiendo
sobre mi blanco corcel,
hasta el trono deslumbrante
de nuestra Virgen llegué.

Bajéme de mi caballo;
devota, el suelo besé,

y un rumor de pueblo eldense
por los cielos observé.

La Virgen de la salud
desde su excelso escabel
por Elda velaba en gozo;
por Elda, por nuestra fe.

Al despertar de mi sueño
frente a frente me encontré
con la imagen de la Virgen,
y en sus ojos creí ver

que sueños como mis sueños
en Elda siempre ha de haber,
pues teniendo a nuestra Virgen,
no puede acabar la fe.



La bacante loca

por CAROLA GONZALEZ

ERA una mujer muy bella, con esa belleza que extasia. Sus ojos azul grises tenían esa mirada inmensa, perdida en el infinito, como penetrando en lo supersensible, en la nada de los grandes abismos. Era su cuerpo perfecto y sus manos suaves, sensitivas...

Como sacerdotisa de Baco, majestuosa, hierática, oficiaba en las ceremonias con un aire ausente, llenos de extraña armonía sus movimientos, grave, disuelta en la distancia su mirada...

Sucedió entonces.

El señor de Todo estrujó entre sus manos poderosas los estrellas que cayeron en el cielo reluciendo titilantes, como gotas de escarcha sobre la flor negra de la noche.

Abajo, la tierra hedía saturada de vino como una dipsómana. ¡Evohé! gritaban a los ecos las bacantes ebrias y desmelenadas. ¡Evohé! repeltan babeantes los borrachos. Y la tierra se alzaba y descendía, se balanceaba en horrible y espantoso vaivén, girando los ocre y las cosas al compás de un coro de aullidos y carcajadas, imprecaciones, deseos satánicos y rostros encendidos en roja llamarada o mortalmente sumidos en una palidez azul...

Ella, como atraída por la llamada insinuante del Silencio, se perdió en la noche, por entre las sombras de los tortuosos callejones, avanzando por los abiertos caminos, penetrando en el bosque. Y siguió caminando inconsciente, impasible a los zarpazos de los espinos y matorrales que se clavaban en sus carnes, como se habían clavado en su alma los grandes dolores, y desgarraban su túnica como había desgarrado su corazón el sufrimiento.

Amaneció. Una claridad espectral fué iluminando, pálida y verdosa, un claro del bosque rodeado de vetustos árboles. En sus copas despertó un gorjeo de pájaros encantados, que sonaba opaco, inmaterial.

Sangrante y desmelenada, la túnica hecha jirones, majestuosa, hierática, en la impresionante soledad de aquel claro del bosque, la bacante loca alzaba unidas sus manos para recoger en el aire las reseca hojas que un soplo de perezosa brisa arrancaba de los árboles.

En su hermoso rostro, lágrimas y lágrimas de un dolor inconsolable iban marcando lentamente un brillante sendero.

MUSICA DE VILLANCICOS

¡Cómo suena la campana!
¡Con qué brío! ¡Cómo suena
anunciándole a la noche
que esta noche es Nochebuena!

Al sonar de los panderos
hay un no sé qué en el aire,
que hasta el corazón nos cala...
¿Qué dices tú de acostarte?

«A Belén llegó la estrella
y en Belén se ha detenido
señalando a los Reyes
donde el Dios-Rey ha nacido».

Esta noche no se duerme.
Vente conmigo a la calle
y que el aire de esta Noche
nos remoce y nos encante.

Por bajo de los balcones
pasa un tropel de zagales.
¿Oyes lo que cantan, oyes?
¿No quieres acompañarles?

«Todos le llevan al Niño.
Yo, no tengo que llevarle.
Le cantaré mis canciones:
¡con qué fuerza he de cantarle!».

¿Que estás triste? ¿Que estás
Deja reposar tus penas (sólo?)
y vente a escuchar la Misa
de Gallo de Nochebuena.

Y tal vez, cuando se alce
el Pan Sagrado en la iglesia,
en el fondo de tu alma
se engendre una vida nueva.

«Junto al Portal ha crecido
esta noche un rosal blanco
para perfumar la cuna
donde el Niño está soñando».

¡Dos lágrimas en tus ojos!..
¡De alegría estás llorando!
¿No te lo decía yo?
¡La vieja Misa de Gallo!

Las campanas en la altura
bendiciendo a Dios atruenan.
¡Noche de inmortal ventura!
¡Noche santa! ¡Nochebuena!

SEPTIMO DIA

Sobre el valle en silencio
tiene hoy el aire un resplandor más vivo
y triunfa el sol en los tejados pardos.
Canta y vibra la luz: ¡Luz de domingo!
¿Dónde quedó el afán de la semana,
el gris vivir exiguo
de los días monótonos pasados?

Cuando acabado el rito
de la misa temprana en la parroquia,
sale de nuevo el alma al infinito
del cielo más azul y más sereno,
¡como allá en lo más íntimo
del corazón un bienestar se esponja
y luce en nuestros ojos mayor brillo!

El alma, endomingada,
encuentra el mundo cálido, más digno.

¡Canta y vibra la luz; y el sol nos mira
más áureo, más hermano, más amigo!

¡Embriaguez inefable
de las blancas mañanas de domingo!



ALGO SOBRE "EL CID"

DOF ARMONIA GIL



BURGOS, la egregia ciudad castellana fundada el 884 por Alfonso III de Asturias, y que acoge en sus entrañas los restos mortales de D. Rodrigo Díaz de Vivar EL CID CAMPEADOR, solemnizó recientemente el 900 aniversario del natalicio de tan épico guerrero.

Los que habitamos el valle de Elda, sobre cuya base destaca majestuosamente la inconfundible peña de «El Cid», como soberbio monumento en su honor, venimos obligados a tributarle también —aunque sólo sea con un recuerdo y de una manera modesta— un sencillito homenaje a caballero de tanta hidalguía y proeza, coloso de nuestra edad media.

Y... situándonos a horcajadas sobre la alta cima de la peña, plétórico el espíritu de ensueño y fantasía, vamos rememorando las hazañas del inmortal Don Rodrigo, viéndole cabalgar sobre el intrépido y veloz «Babieca» al frente de las huestes de su Rey Don Sancho, por el que se bate heroicamente, demostrando una superioridad guerrera por todos admirada y que dió lugar a la célebre frase de «Tu lanza vale por cincuenta enemigas». Hombre de recio temple vencedor en mil batallas, que se enfrentó con gran arrojo contra quince zamoranos, transporta conmorido los sangrantes restos de su Señor Don Sancho, atravesado por un dardo junto al bastión de Zamora.

Más tarde, sin la más ligera protesta, tiene que abandonar Castilla, la tierra donde nació y por la que tantas veces ha ofrendado su vida, sometiéndose, disciplinado y bondadoso, a cumplimentar una orden que le deshace su hogar, llenándole de inquietud e incertidumbre. Pero valeroso y tenaz, le vemos en su mayor hazaña, venir desde Toledo con sus algaras, con sus mesnaderos, en ruta hacia Valencia, dispuesto a arrojar a los moros que señoreaban en la ciudad; y una vez realizada esta gran audacia, recibe henchido de cariño a su esposa doña Jimena y a sus hijas doña Elvira y doña Sol, y les muestra orgulloso, desde los almenares del alcázar, a Valencia «la clara».

Respetuoso y sumiso, hace ofrenda a su nuevo monarca, del reino conquistado y de su fiel caballo, por lo que el Rey, ante la lealtad y valor de su vasallo, le contesta, agradecido, que si le quitara el caballo, no tendría tan buen señor. ...Y acuciada nuestra fantasía, le vemos en la cumbre de nuestra familiar montaña, cabalgando sin cesar. Es de noche; una noche oliente a marcialidades victoriosas. Toda la montaña se va poblando de selenitas, que colocan al de Vivar una corona de la que emanan múltiples destellos de plata.

Las nubes, flotando en el espacio, sobre el torrencial inspirador de los más bellos romances y de las más rotundas gestas heroicas, se le van acercando silenciosamente y le hacen gentilicas ofrendas como sacerdotisas de un rito fantasmal. Desde tan alta cúspide, sobre la llanura reverdeciente circundada de montes protectores, se divisa un pueblo: el nuestro, con sus pintorescas calles pobladas de árboles, con sus jardines fondosos, con el embrujo singular de sus tímidas fuentes, cube las ruinas del alcázar, que son como la página romántica y dorada de su historia. La silueta arquitectónica de sus torres, destacando como pétreas luminarias que añoran el cielo. Y llenando de vida el entrañable paisaje, una compacta muchedumbre que labora continuamente por el engrandecimiento de la bella ciudad de los Coloma.

Y no teniendo otra cosa mejor que ofrecer al más valiente y osado caballero de la reconquista, bajo la testa angulosa de «El Cid», Elda susurra su homenaje al conquistador de nuestro reino Don Rodrigo Díaz de Vivar. 195



El tesoro del ocio

No ha mucho leí una anécdota norteamericana —huelga sin duda el gentilicio— que me hizo reflexionar mientras soportaba la sensación amarga que me había producido el relato.

Era esto. En el hogar de un multimillonario, de uno de esos que parecen una máquina de billetes invertida, es decir, hacia adentro, se celebraba el cumpleaños del unigénito de la casa, un buen mozo de ocho abriles. Su papá había llegado a casa en el automóvil, a loca prisa; había dado un beso a su hijo, y, a toda prisa también, había escapado de regreso a sus oficinas. El chico quedó entristecido. Le preguntó a su madre: «¿Porqué papá no me ha regalado nada?» Y la mamá le contestó algo que para el muchacho debió tener muy poca gracia: «Mira, —le dijo— papá te ha regalado diez mil dólares; porque como él gana veinte mil dólares por hora y ha perdido media hora para venir a darte un beso...»

Así es de desgarrada y amarga la verdad de la vida en que nos vamos adentrando, como en un inmenso tormento dantesco. Y aquí está Elda —no es necesario acudir al tópico de Norteamérica— para convencernos de que el hombre, en su necio afán de llegar más pronto a la felicidad, se va alejando más de ella embalándose sin freno en la vorágine de sus ambiciones, de sus inquietudes, de su eterno desvivirse, que eso es la verdad, desvivirse, quitarse la vida, privarse del goce tan humano que es la contemplación de la existencia y el deleite incomparable que de esa contemplación surge como de una clara fuente de cristalinas aguas de belleza y de beatitud.

Galeotes de por vida en la más trágica de las galeras, hombres que poseen una fortuna muy sobrada para vivir trabajando, metódicamente, con un margen holgado de tiempo para degustar sorbo a sorbo la suave malvasia de un vivir honrado y apacible, les vemos sin embargo sumidos en una fiebre demoníaca, en un martirio tentático, por el loco afán de acumular riquezas en un tonel más desfondado que el de las hijas de Dánao.

¡Pobres seres autoatráillados, apenas si dignos de unas migajas de conmiseración!

Bajo la manida y torpe falacia de que la vida es dura, se vienen escondiendo otras verdades inconfesables. No es sólo la dureza de la vida lo que nos lleva atráillados, lo que nos hace malgastar lo mejor de nuestra existencia, las horas de descanso tras el trabajo honrado. Nos desentendemos de tantas cosas bellas que Dios pone ante nosotros, y hacemos de nuestro vivir una máquina

ciega, proyectada al infinito en un loco y bestial desenfreno.

Trabajar, sí, naturalmente; y con la conciencia de que nuestro esfuerzo es necesario al bien común. Pero después del trabajo ¿porqué no gozar de la divina beatitud de un descanso inteligente, dedicado a la suave delectación en las cosas bellas que se tienden sugestivas ante nosotros?

La vida no es amable por el trabajo; todos los economistas han dicho que el trabajo es sufrimiento. Sólo nos queda, pues, para gozar con dignidad esta vida que Dios nos ha dado, aprovechar las horas de descanso. Y nosotros, insensatamente, las dejamos escapar con una prodigalidad bárbara, sin estrujarlas para sacar de ellas los generosos vinos de que están henchidas.

Si Grecia fué, en sus tiempos áureos, el arquetipo de la vida humana, lo fué indudablemente por la suprema estima en que aquel pueblo tuvo la ociosidad, la noble ociosidad aristocrática y fecunda, antítesis de la plebeya vagancia repulsiva.

Fué la ociosidad inteligente quien, forjó aquella primavera única en la historia, en que la materia y el espíritu quedaron inmortalizados en obras que nos pasman de admiración. Y los grandes ociosos —no vagos, ¡por Dios!— fueron Platón y Aristóteles, Sócrates y Diógenes, Fidias y Apeles. ¡Bendita ociosidad la suya!

Sólo la ociosidad les llevó a las cimas de la perfección intelectual y artística. Una ociosidad en la que el espíritu se abandonaba sin trabas cronométricas por luminosos derroteros. Pensar, soñar, admirar; eso era la ociosidad en los tiempos de Pericles; y así eran de espléndidos sus frutos. Aquellas generaciones de ociosos dejaron en los cielos de la cultura humana la única Via Láctea del intelecto. Mientras aliente la Humanidad, perdurará la obra de aquellos grandes ociosos. En cambio las generaciones posteriores, tan trabajadoras, van pasando sin apenas dejar rastro, como no sea rastro de dolor y de miseria. Los economistas han envenenado a la humanidad.

Y en Elda más que en otras partes se observa con desolación la inexistencia de esa ociosidad alumbradora de castálidas aguas. No es por las muchas horas sacrificadas al trabajo, sino porque fuera de esas horas tampoco se le deja al espíritu el íntimo y dulce sosiego que necesita para su noble función racional. Porque ¿qué parecido tiene con la morosa ociosidad clásica esa premura con que nuestras juventudes salen de sus antros fabriles y, sin apenas pisar el hogar, sin hollar el ágora ni el campo, se lanzan, como lanudos de Panurgo, a las oscuras ergástulas del cine o a las simiescas contorsiones de la música de jazz?

Pensar, soñar, admirar... ¿Quién tiene en Elda tiempo para esas cosas?

Y sin embargo, pensando, soñando, admirando, es como se suavizan los costumbres y se crea una grata atmósfera de bienestar social, y es también como se han gestado todas las cosas grandes y bellas de que se enorgullece la humanidad civilizada.

Cuando en Elda no había fábricas, ni cines, ni apenas relojes importunos Elda tuvo una pléyade de ingenios que dieron honra y prestigio a su aldea feliz. Hoy, con tantos medios a nuestro alcance, nuestras vidas transcurren anodinas, grises, misérrimas en la escala del intelecto. ¿Cuándo volveremos a tener en Elda una arcádica atmósfera de fecunda ociosidad inteligente?

Lo mío

Mío es el sol, pleno, hermoso,
que dignifica mi cuerpo;
me envuelve en la gracia cósmica
como un fruto verdadero.

Mío el azul blando y riante
de las estrellas del viento
en mi sangre y en mi vida
y en la carne de mis versos.

Mía la sal de mis lágrimas,
y el pan que me llega trémulo
de oro, fatiga y dulzura
por ley de mi propio esfuerzo.

Mía el agua de mi boca;
mía la cal de mis huesos;
y las llagas de mis plantas;
y el barro de mis deseos.

Mío el peso de mi cruz...

Mío el instante supremo
de dejar lo que no es mío
—que prestado me lo dieron
para la prueba del mundo—
y proseguir el sendero...

¿Qué verán las almas?

Al llegar a las puertas del Infierno,
según ha dicho el Dante, ven las almas
el aviso, el fatídico letrero:

«¡Ah, vosotras, perded toda esperanza!»

Y, llenas de tristezas infinitas,
penetran las cuiladas en la noche
sempiterna de todas las desdichas
al pasar con Carón el Aqueronte...

Al advenir las almas a la Vida,
al mundo misterioso que habitamos,
¿qué será lo que ven ¡las pobrecillas!
cuando aquí todas llegan sollozando?



El aprendiz

Paquito ya es un hombre;
ya tiene nueve años,
y sus padres deciden
que no siga hecho un zángano;
que se deje la escuela;
que se arrime al trabajo.
Que es la vida muy dura;
son los tiempos muy malos,
y en la escuela los chicos
se hacen golfos y vagos.
¡A trabajar, Paquito!
¡A bregar como un asno!
Que eres ya un mozallote,
tienes ya nueve años,
y es la vida muy dura,
y el pan está muy caro...

Y Paquito en la escuela
se despidió llorando
—no sé si pena o gozo—
de los otros muchachos.

Ahora mañana y tarde
va puntual al trabajo.
Le despierta a las ocho
con su silbo sarcástico
la sirena, madrastra
de los pobres muchachos,
y embotado de sueño
y ensueño, mordisqueando
un cacho de pan negro,
se dirige al trabajo.
¡Los libros y los juegos
son para los mañacos!
El ya es un mozallote;
El ya tiene nueve años!

Yo le ví la otra tarde,
flaco, desarrapado,
tirando, como un burro,
de su carro de mano,
seriote, embrutecido
y arisco como un asno...

¡Ay, Paquito! Tú ignoras
los derechos humanos;
tú no sabes que el sitio
para tus nueve años
es la escuela, la escuela
donde están los muchachos
aprendiendo en los libros
para no ser esclavos.
Tú no sabes que hay leyes
que por tí están velando,
que castigan el crimen
de tenerte explotado.
Tú ignoras esas cosas;
tú no sabes, muchacho,
que las quince pesetas
que te pagan el sábado
son dinero de Judas,
excremento del diablo:
¡se las gasta tu padre
en vermul o en tabaco!
Pero yo te lo digo;
te lo grito muy alto.
No vuelvas a la fábrica;
anda y tira ese carro,
y márchate a la escuela
o vete por el campo,
feliz como otros niños,
feliz como los pájaros,
a hacer lo que Dios quiere
que hagas con tus nueve años.
Que si es dura la vida
y el pan está muy caro,
¡no eres tú, criatura,
quien debe de ganarlo!

El ataque de Bonet

DE ALBERTO NAVARRO

LOS «urdehistorias» de nuestra ciudad deben bendecir el nombre del Coronel Pantaleón Bonet o Boné, ya que gracias a él, Elda cuenta con una batalla nada menos, desarrollada en su término. No existe croniquilla histórica de Elda que no mencione esta famosa y «terrible» batalla, ya que es general la creencia de que para que un pueblo tenga resonancia histórica debe tener su suelo ensangrentado una y mil veces por los combates, sus casas mostrando las cicatrices de la metralla y miles y miles de tumbas pregonando el heroísmo de sus hijos. Y estamos seguros que si a todos y cada uno le preguntáramos qué es lo que fué esta batalla no nos darían respuesta concreta. La razón es que no la tiene. Esta batalla y su desarrollo es uno de esos sucesos que el interés de los contendientes cambia, altera y enreda de tantas maneras que más tarde, el investigador que desea desenredar la madeja se encuentra con que se han mezclado tantas fábulas, tantos disparates y desatinos, que ya no sabe por donde tirar del hilo para que se desenrede. Tenemos tres versiones diferentes, de personas que participaron en la lucha, y en honor a la verdad hemos de decir que ninguna merece el crédito que se concede a un gitano.

Hagamos primero un esquema de lo que fué la batalla, y luego entraremos en los puntos oscuros.

A finales de Enero de 1844 se apoderó el Coronel Bonet, al mando de sus carabineros, de la ciudad y castillo de Alicante. Su revolución no era más que una de tantas como estuvieron de moda entonces, en aquella época revuelta en que cualquier sargentillo se creía salvador de la nación y hasta los chiquillos en sus juegos urdían pronunciamientos militares. Casi toda la provincia de Alicante y la ciudad de Cartagena se adhirieron a Bonet, exceptuando algunos pueblos como Alcoy y Elda, no por intenso patriotismo, sino porque no hallaban razón alguna para adherirse a los manejos del primer aventurero que surgía de la nada y que acabaría, como todos, frente al piquete de ejecución o aplastado por el estéril papeleo burocrático de cualquier ministerio.

Afianzado su dominio en Alicante, Bonet salió con fuerzas a su mando —cuyo número cada cual calcula a su gusto— sobre Alcoy, siendo rechazado. No teniendo fuerzas suficientes para atacar firmemente esta ciudad, protegida por las tropas de Boncalb, Capitán General de Valencia, se retiró de allí, encaminándose hacia Elda, donde, según sus noticias, habíase refugiado una pequeña fuerza gubernativa mandada por el General Juan Antonio Pardo. El día 5 de Febrero a las 7 de la mañana pisaron las columnas sublevadas la rambla de Santa Bárbara y se desplegaron desde allí hasta Petrel. El general Pardo, no queriendo entablar combate dentro de la villa, hizo salir sus fuerzas, engrosadas

por el batallón de la Milicia Nacional de Elda, al mando de su Comandante y Alcalde de ésta D. José Amat y Amat, ocupando también posiciones.

Nadie sabe lo que ocurrió desde este momento hasta que encontramos a las fuerzas de Pardo regresando a Elda cargadas de prisioneros y a Bonet y otros de los suyos huyendo por los montes. Bonet ya no se rehizo de esta derrota y finalmente fué capturado y fusilado en Alicante, con 23 sublevados más, en el paseo que se ha venido llamando de los Mártires en su memoria.

Ya conocidos los principales puntos, pasemos ahora a las diferentes versiones recogidas, todas de primerísima fuente. Veamos el parte oficial del General Pardo, copiados literalmente los párrafos interesantes:

«...A la salida de la población rompieron el fuego sus guerrillas y vi toda su fuerza colocada en las ventajosas posiciones del pueblo de Petrel, su artillería en el llano de las casas de Santa Bárbara y su caballería protegiendo sus guerrillas desplegadas. ...Rompió el fuego su artillería y habiendo visto adelantarse su caballería dispuse que cargase al momento la nuestra, que deshizo sus guerrillas, continuando hasta las casas en que tenían situados los cañones defendidos por tiradores de Valencia, y aunque con pérdida de cuatro valientes dragones de Lusitania se apoderó de la posición y los cañones. El cabecilla Boné se adelantó con muchos de los suyos gritando «viva la reina» y a esta voz mágica y gloriosa pararon el fuego, debiendo como siempre a nuestra lealtad la salvación de algunos pocos que en desordenada fuga tomaron aquellas sierras...»

Véase ahora el manifiesto que «A la Nación» lanzó el derrotado Bonet:

«A las siete de la mañana del 5 llegué a las inmediaciones de Elda rompiendo el fuego las guerrillas enemigas, que, contestado por las mías y cargando yo mismo con la caballería, fueron arrolladas, quedando en nuestro poder la compañía de cazadores y algunos soldados. No tardó en causar en el enemigo el efecto que esperaba la bravura de mis carabineros y provinciales de Valencia, haciéndolos retirar, pasándose una compañía a nuestros soldados, morrión en mano y las voces de «¡alto el fuego, todos somos unos!» Mientras esto sucedía, en la parte donde yo me encontraba dando frente a la llanura se me presentaron un capitán, dos oficiales y algunos soldados, solicitando cesase el fuego, pues sus columnas ansiaban unirse a la libre bandera de Alicante; pidiéronme un abrazo, que lo di en aquel momento, como lo dá un buen español, llorando de gozo y de marcial ternura. Mis oficiales de caballería echaron pie a tierra y se adelantaron a abrazar a los que ya miraban como hermanos; todo era entusiasmo y regocijo por tan feliz desenlace. El enemigo, empero, casi vencido ya en noble lucha, apeló al ardid; y aprovechando aquellos instantes de confianza y mandando una carga alevosa, introdujo la confusión entre mis valientes, que habían abandonado ya sus posiciones que, a pesar de todo pudieron recuperar.»

Otra versión distinta a éstas es la que hallamos en los valiosos «Apuntes» de Lamberto Amat, para cuyo enjuiciamiento es necesario recordar que en la

fecha de la acción tenía éste 23 años y era hijo del Alcalde Comandante de la Milicia Nacional, D. José Amat y Amat, que tomó parte en la batalla a las órdenes directas de Pardo. Todo esto debiera bastar para que el relato de D. Lamberto fuera veraz, imparcial y lógico. Sin embargo no es así, como se verá a continuación:

«...el 5 de Febrero al amanecer atacan éstos (los sublevados) a las tropas y a la Milicia Nacional de Elda, juegan la artillería, sorprenden a una compañía de la última que estaba avanzada en Sta. Bárbara; creen que ya han vencido, pero una sección de veintidós caballos, únicos que tenían las tropas del Gobierno, sin orden ni voluntad de atacar, a consecuencia de haberse desbocado el caballo del Jefe, va a escape en dirección del enemigo; y éste, que tenía colocados otros ochenta caballos tras los cañones, a la vista de aquellos vuelve grupas y en su precipitada fuga atropellan y deshacen un batallón de nacionales de Alicante, el que y las demás tropas enemigas se declaran en derrota y huyen a la desbandada, incluso el general Bonet, que pudo escapar solo y logró entrar en aquella ciudad.»

Después de esto, mi opinión se inclina del lado de la versión de Bonet, por más lógica, sin concederle entero crédito.

Ciertamente no debió ser una lucha limpia la que vieron los campos de Elda, pues de haberlo sido no tendríamos que escoger entre tanta fábula. Mi opinión es que, sea premeditadamente o aprovechándose de un suceso inesperado, el general Pardo logró su victoria sorprendiendo descuidados a los de Bonet. Tal vez éste sufrió el error de creer que los oficiales que se le presentaban representaban a todo el campo enemigo y Pardo aprovechó la desertión de sus soldados atacando inesperadamente. Lo cierto es que no debió ser muy honroso para unos ni para otros, y la razón nos la dá Lamberto Amat al inventar esa absurda fábula que no dá honra a ninguno de los contendientes, ya que si los caballos se desbocaron fué «sin orden ni voluntad de atacar» y si los contrarios huyeron fué porque «creyeron se les echaba encima el ejército de Jerjes». No debemos olvidar, como he dicho antes, el hecho de que su padre fué principal Jefe de las fuerzas locales y si recaía el deshonor sobre los vencedores, a él le alcanzaría también, aunque sin culpa. Por ello D. Lamberto, hombre de honor, que tan prolijo y cuidadoso es en todos los detalles de su «Historia», nos lanza un velo de fábula para ocultar la indeseada verdad. En cuanto a la versión de Pardo, es incomprensible el que Bonet se presente gritando «viva la reina» y entregándose, y a continuación lo veamos huyendo por las sierras.

No, historiadores de una Elda mítica y fabulosa, tendreis que buscaros otra batalla, se quereis echar glorias postizas sobre nuestro pueblo, al que no le hacen falta, pues tiene suficiente con la modesta y callada, pero tenaz y laboriosa, gloria de su industria pujante.



Más cosas del

DUENDE DEL MONASTIL

REPRESENTANTES

—¿Qué se ha hecho Tiburcio el Loco, que lo dejaron cesante?

—Pues, meditándolo un poco se ha hecho representante.

—¿Qué representa? —No sé.

Con su cartera flamante a toda hora se le ve jugando a mal estudiante.

Y Perico, que quemó su afán de ser fabricante, al fin también decidió hacerse representante.

Y el zapatero que anhela ser algo más importante; y hasta el maestro de escuela se ha hecho representante.

Estropajos, hierros viejos, escobas, mecha, bramanes... para todos los trebejos tenemos representantes.

Viendo a tantos con cartera que disimula otros bultos, se preguntará cualquiera si van a escuela de adultos.

Y haciendo como otros mil, honra a su firma flamante, El Duende del Monastil, a la luz de su candil, busca un buen representante.

LA LETRICA DE CAMBIO

Es Elda un membrillo dulce para ese astuto gusano que los hombres de negocios llaman la letra de cambio.

Todo el mundo tiene su flamante cuenta en el banco; quien tiene ochenta pesetas, quien a su favor un saldo de cuatro noventa y cinco como bazar de barato; y todos lucen, rumbosos, sus bonitos talonarios y giran letras, y giran, cual veleta en campanario, bebiendo vientos en busca del milagro pecuniario.

Uno compra cuatro pieles, otro dos kilos de clavos; éste se compra una «bici» aquel adquiere una radio, el otro dos camisetas o un mechero americano... Y todo sin una gorda; todo al albur, todo a plazos moviendo la gusanera de las letricas de cambio.

Ayer tarde me acerqué al carrico de Rosario y un mocoso de once abriles así le estaba endilgando: «Mire, por los cinco reales de almendras que le he mercao me gira usté una letrica porque hoy me coge abollao...»

¡Prodigioso papelico que operas tantos milagros! ¿Qué sería de mi pueblo sin las letricas de cambio?

LOS PASOS MISTERIOSOS

por EMILIANO BELLOT

SERIAN, aproximadamente, las doce de una fría noche del mes de Enero del año 1948. Para ser más exacto, del día 26 de ese mes. Lo recuerdo porque ocurrió un hecho inolvidable.

Regresaba a mi hogar, acompañado de un amigo, después de haber pasado unas amables horas en el café, lejos de imaginarme lo que nos sucedería momentos después.

No siendo supersticioso, nunca he creído en historias que rebasan la comprensión humana, por lo que nunca acepté relatos de fantasmas ni historias de cosas sobrenaturales. Aún hoy las pongo en duda, pero noto dentro de mí que no las niego con la misma fogosidad que antes.

Prosiguiendo con el relato, diré, que como no teníamos prisa, caminábamos despacio por la acera desierta, conversando sobre cosas fútiles. La noche era fría, pero completamente serena. Cien metros antes de llegar a casa —y tengo que decir que se halla situada en el centro de la ciudad y estaban sus calles bien iluminadas— oímos claramente a nuestras espaldas unos pasos de criatura, que nos seguían. Impresionados, nos quedamos silenciosos, e instintivamente los dos volvimos la cabeza, comprobando con sorpresa que la calle estaba desierta. Mi amigo preguntóme si había oído algo. No había terminado de formular esta pregunta, cuando oímos con mucha mayor claridad que la vez anterior los mismos pasitos que anteriormente nos sobresaltaron. Nos detuvimos; los pasos también. Entonces nos revisamos concienzudamente los zapatos, creyendo que algo podría estar adherido a ellos, que produjese lo que ya nos tenía intrigados. En fin hicimos una reconocida inspección de cada uno de nosotros, no pudiendo encontrar nada que fuese la causa del ruido que oíamos. Nuevamente en marcha, y siempre lo mismo: pasitos torpes que se mantenían detrás de nosotros.

Veinte metros antes de llegar a casa, los dos perritos míos, que, como siempre, estaban esperando mi llegada, ladrando, se lanzaron veloces a nuestro encuentro, en busca de las palmaditas con que yo agradecía sus atenciones.

No bien estuvieron a nuestro lado, se oyó un golpe seco y dos aullidos de dolor, y los perros con el rabo metido entre las patas se alejaron y empezaron a aullar en el portal. Más que atemorizados, quedamos petrificados, oyendo a nuestras espaldas el llanto de un niño. Repuestos de tan funesta impresión, continuamos los metros que nos faltaban sin oír ya los pasos.

Nunca encontré explicación a esto. ¿De dónde procedían los pasos misteriosos? Sólo Dios lo sabe. Lo único que os puedo decir, es que la impresión que recibí me mantuvo en vela el resto de aquella noche inolvidable.



Deseando formar el Fondo
Bibliográfico de la Literatura
y prensa Eldense

DESEAMOS COMPRAR

toda clase de
PERIODICOS, REVISTAS,
FOLLETOS, LIBROS,
HOJAS LITERARIAS, etc.

publicados en Elda
o referentes a ella

OFERTAS A:

Su proveedor de estos cuadernos

et

no

NUESTRA PORTADA:

Puerta de la Virgen de los Dolores de nuestra
antigua Iglesia Parroquial, construída en 1750